—Hoy tendrás que pasarte sin chocolate y comer uno de estos «guardias civiles». «Xiquet, la arangada» es nuestro almuerzo.

—No importa,—dijo Perico;—me gusta este almuerzo; es muy apetitoso, más que el chocolate.

—Y que lo digas,—añadió Juan;—ni el obispo lo come.

Perico sonrió con ironía donosa, diciendo:

—No, no es fácil que lo coma el obispo.

Comiéronse todos su parte con excelentes ganas y cuando pan y arengues hubieron desaparecido, Perico recibió de su padre el mandato de encargarse de la «escudella.»

La cosa era muy sencilla. Ponía en el fuego un puchero lleno de agua á calenlar, con sus correspondientes trozos de carne, tocino, bacalao, «butifarra» y jamón. El fuego debía ser poco para que el agua no hirviera demasiado pronto. Al primer hervor, le echaba la col, el apio, las patatas y las judías, y en cuanto sonaron las doce campanadas en el reloj municipal de Capellades, ¡á dentro del puchero el arroz y los fideos!

Perico enteróse perfectamente de sus deberes culinarios y presto á cumplirlos, llenó de agua el puchero y lo puso al fuego, después de reunir éste en templado brasero. Mientras tal hacía el ex-periodista y literato, su padre, sus hermanos y Antón le echaban algunos tientos á la bota y se disponían á emprenderla á puñaladas con la tierra.

Perico les vió ponerse los cuatro en ringlera en un extremo de la viña, como á tres metros el uno del otro, escupirse las manos con mucha cachaza y levantar los «arpiots» de afilados dientes, comenzando á cavar con ardor y constancia. Dejaron de ser hombres para convertirse en máquinas. Sin decirse una palabra, seguían su trabajo con regularidad matemática; levantábanse los «arpiots» alternativamente, uno después de otro, y caían con fuerza, enterrando sus astas de acero en la «llicurella.» Los grandes terrones desprendidos eran en seguida desmenuzados con dos golpes con el canto de la herramienta y la tierra quedaba atrás de los cavadores removida y peinada. Comenzaban un surco cada uno, marchando de costado hacia la izquierda y siempre iba delante el que último acababa el surco que le

correspondía. Y el surco era profundo, de tres cuartas lo menos, para que la tierra se esponjase lo más posible.

Dejaron de cavar algunos momentos para trazar una línea con un cordel, sostenido por dos estacas clavadas en la tierra, y desenterraron un montón de sarmientos tiernos que cerca de la barraca estaban apiñados en apletado haz y asomando por entre la yerba sus troncos rojizos. Luego volvieron á cavar, acercándose al cordel poco á poco, devorando la tierra de frente, pero marchando de costado. Cuando el surco llegaba al cordel, plantaban los sarmientos uno á uno y á regular distancia, trazando de nuevo la línea más lejos. Y seguían cavando. A su espalda, los bancales quedaban divididos en perfecta simetría. Los débiles sarmientos, nacientes cepas, separábanse unos de otros por espacios iguales, justos, precisos. Y avanzaban los cavadores siempre callados y con los ojos fijos en la tierra, que iban destrozando los «arpiots» golpe tras golpe. Los cuerpos se enderezaban al alzarse la herramienta, doblándose al caer ésta con movimiento rápido, que hacía pensar á Perico en si la

espina dorsal de aquellos hombres, sería un muelle de admirable resistencia.

Perico, cerca de los cavadores, seguía con los ojos el progreso del trabajo. Veía á su padre, á sus hermados y á Antón resollar fuerte, pero sin pararse nunca. Antón demostraba más habilidad y fortaleza que sus compañeros. Era un viejo de cabeza cana, alto y flaco; pero su cuerpo debía ser de templado acero, á juzgar por lo que resistía. Los ojos de Antón, que eran chiquititos y de apagado brillo, parecían mirar á la tierra con terrible saña y la boca del viejo cavador estaba contraída por un gesto que más tenía de rabia que de fatiga. Diríase que aquel veterano del trabajo, más que cavar, peleaba.

Las yerbas y las cepas secas y arrancadas, quedábanse en el fondo del surco cubiertas de tierra. Servían de abono. Podridas por el tiempo y la humedad, convertíanse más tarde en un fuerte impulso de vida.

Tenían los cavadores los pies enterrados, y al cavar, se le antojaban á Perico plantas con figura y acción humanas. Eran un símbolo claro y desconsolador. Para vivir, te-

nían que dejarse sujetar por la gleba, tirana aunque pródiga. Antón debía comprender aquel símbolo y por eso cavaba con tanta furia, que su trabajo parecía una lucha desesperada y tremenda.

Perico miraba trabajar á sus hermanos, pensando en sí mismo. No; él no serviría nunca para labrador: era muy perezoso y demasiado señorito. Recordaba sus viajes y su trabajo en las redacciones de los periódicos de América. Pesado é ingrato era el escribir para el público; pero trabajar la tierra....¡Oh, esto era peor, mucho peor! Se enfrascó en mil consideraciones filosóficas, llegando á olvidar el escenario que á la vista tenía. Basilio y Félix, dejando de cavar un momento, le gastaron algunas bromas molestas. ¿Por qué no probaba de manejar los «arpiots»? No lo haría del todo mal; que probase; ya era hora de que comenzara á aprender, si pretendía seguir viviendo en Villera. Allí trabaja todo el mundo ¡Ea, á probar!

Perico probó. Fué un impulso inconsciente que le hizo apoderarse de la herramienta y ocupar el puesto de su hermano Félix. Al levantarse los «arpiots», notó que

aquel chisme pesaba más de la cuenta y por poco se le cae de las manos.

Basilio, Félix, su padre y hasta Antón, hombre que se pasaba un año sin sonreirse una sola vez, soltaron el trapo, riéndose á carcajada limpia. La verdad es que Perico, cavando, hacia la figura más ridícula del mundo. Así debió comprenderlo él mismo y cedió el puesto á Félix.

—Chico,—dijo éste,—serías un payés «esgarrat,» si te dedicaras á la tierra.

—No sirves para el trabajo fuerte,—añadió Basilio.

—¡Si es todo un «señoret»!—corroboró Antón, volviendo á la brega.

—Vamos,—dijo Juan á Basilio y á Félix; —menos «plantar olivos» y ojo á la faena.

Y volviéndose á Perico:

—Tú vete á mondar las patatas, hombre, que ya es tarde y nos vas á dejar sin las «garrofas.»

Y á mondar las patatas se dirigió Perico. ¡Para bonita cosa servía! ¡El oficio de cocinero rústico como único recurso! ¡Honroso destino para un poeta desengañado!

Perico comenzó á reflexionar muy seriamente sobre su porvenir, mientras mondaba el modesto fruto. ¿Pero en qué había estado pensando? ¿En vivir en Villera sin hacer nada, como un rico hacendado? Pasaba el tiempo, su salud era ya buena y él....¡tan fresco! No; aquella vida de vago no podía continuar. Con razón en el pueblo se murmuraba de su conducta. ¿Qué hacer? Era necesario, indispensable, dedicarse á algo, ganar dinero. Se acordó de su amigo Antonio Reinosa. Ese atrevido, pensó, debe haberse salido con la suya. Tiene talento y constancia y es muy posible que haya triunfado. Le escribiré, anunciándole que vuelvo á la lucha, que estoy cansado de esta vida estúpida de vagancia que llevo en el pueblo. Puede ser que me procure una recomendación. Tiene buenos amigos, y si, al fin, ha triunfado....¡Gustaría en Madrid su drama?.....¡Oh, es seguro que gustó! La obra es excelente: buen estilo, ideas nuevas, situaciones emocionantes, con poca tramoya de efectismos, y caracteres trazados con pulso firme....Gustó, gustó; no me cabe la menor duda....¡Oh, si yo pudiera hacer algo

notable, triunfar también, conseguir un nombre!....

El afán de gloria se reveló en el alma de Perico con pujante impulso. Amaba el porvenir, soñaba en ser algo, algo más que un infeliz campesino ó un vago vividor. ¡La gloria! ¡Qué gran cosa es la gloria! ¡Verse admirado por su patria, ser un hombre sobresaliente entre los intelectuales de España! ¡Qué demontre, lucharía! Y quizá, quizá, el triunfo no se le mostrara esquivo. El escribía bien, era un buen periodista y un literato mucho mejor que otros más conocidos. ¿Por qué debía resignarse á vivir ignorado en un pueblo, sin intentar antes procurarse un puesto?

En este lenguaje íntimo, en el estudio de sí mismo, Perico no podía ser modesto. Su fe en sus propios méritos era mucha en aquellos momentos de recuerdos y esperanzas. Libre estaba para jalearse sin que nadie criticarle pudiera su poca modestia. Y Perico creyó ver un triunfo muy próximo, una victoria artística difinitiva, que le sacaría de aquella vida sedentaria de penitente forzoso. ¡Luchar! ¡Luchar! Veía en la lu-

cha un premio indudable, seguro, y que no estaba lejano. Escribiría un drama, una novela, muchos artículos, y.... Nada, era un hecho; el apellido de Rosich, su verdadero apellido, se pasearía por España impulsado por la fama.

Y Perico pensaba todo esto mientras tenía los dedos ocupados en mondar patatas para la «escudella» de los payeses de su casa. ¡Adios poesía, esperanzas, gloria, entusiasmo!.... Toda ilusión se esfumaba entre tanta prosa y prosa tan ridídica, tan burda, tan grotesta..... La realidad presentábase cruel y asesina. ¡Maldita realidad!

Véase como no hay ilusiones que puedan combatir á unas miserables patatas. Ya podía Perico amontonar lisonjeros proyectos, entusiasmado y feliz, que los proyectos amontonados caerían como castillo de naipes que derrumba un soplo de aire.

Las papatas que mondaba (¡Inesperada elocuencia de las cosas despreciables!) hicieron comprender á Perico que sus méritos eran muy pocos y que su porvenir tenía toda la duda de un sorteo. Pensó el soñador y rústico cocinero que si en el arte no lograba un

regular triunfo, bien podía encontrar un destinillo en Madrid ó en Barcelona que le diera lo suficiente para mantenerse de un modo modesto, humilde. A ver: ¿Cómo estaba de contabilidad?.... No, no andaba del todo mal en cuestión de números. ¿Y en caligrafía?.... Su letra era clara y hermosa. Además, sabía francés.... Encontrar una colocación en cualquier oficina comercial no era difícil. ¡Ya estaba resuelto su destino! Sería oficinista.

Alegre por la resolución extrema que adoptado había, Perico picó las patatas que estaban ya mondadas, buscó en la cesta de las provisiones la col y el apio, y después de convenientemente lavada toda la verdura, la echó al puchero donde el agua, ya con pequeños círculos de grasa en la supeaficie, hervía en fuerte y humeante «glu—glu.»

Juan, Antón, Basilio y Félix seguían cavando y plantando sarmientos. Perico lavóse las manos, para cuya operación higiénica tuvo que sujetar el cántaro con ambas piernas, aprovechando habilidosamente el chorrito de agua que salía por el pico chico del cántaro. Después sentóse cerca del fuego, esperando la hora de echar al puchero el

arroz y los fideos. y siguió el hilo de sus importantes cavilaciones.

Ya le antusiasmaba menos la idea de ser oficinista. El no servía para el caso. Estarse todo el día encerrado en la oficina, ante el pupitre, sacando cuentas ó escribiendo en máquina, no lo podría resistir. La libertad era la vida; sin libertad, esclavizado á la labor por horas, era la muerte intelectual, y Perico no se resignaba á morir, aunque sólo fuera intelectualmente. ¡Cuánto más conveniente era tornar á la vida periodística! Sería periodista otra vez, y del periódico, acaso pudiera pasar á más honroso puesto.

Libre ya de la presencia de las patatas, volvían á Perico las ilusiones, y con fuerza tal, que los pensamientos hablaron ya sin titubear, claramente, en términos concretos, precisos. Aquella misma noche escribiría Perico á sus amigos Reinosa, Caspe y Manolo Peña. No era cosa de perder tiempo.

Cuando la «escudella» estuvo en su punto, dejaron su trabajo los cavadores, y juntos con Perico, comenzaron á comer, charlando alegremente. Juan era hombre de pocas palabras y, mientras duró la comida, lo único

que salió de sus labios, fué la afirmación rotunda y sencilla de que «escudella» como la hecha por Perico, «no la comía ni el obispo.» Antón dedicó la mayor parte de su atención á la bota, con la cual tuvo encuentros muy animados, y Basilio y Félix gastaron á su hermano algunas bromitas á propósito de sus habilidades y talentos culinarios, sin dejar por esto de ponerse al habla con la panzuda bota de abundante y tentador lagrimeo.

Terminado el «diná» y después de encenderse los indispensables pitillos, Perico, que rabiaba por hacer del dominio público su resolución terminante, dijo, á tiempo que se acostaba cerca del fuego y sobre su abrigo, extendido en la hierba.

—Voy á dar á ustedes una noticia fresca: dentro de quince días, á lo más tardar, me voy de Villera.

Estupefacción general. Perico continuó:

—Aquí estoy viviendo una vida que no me pertenece, una vida que no gano. Es de todo punto necesario que yo vuelva á trabajar para mantenerme. Me voy á Madrid para dedicarme de nuevo al periodismo, ocu-

pando el puesto que creo merecer. Mi salud es ya buena y me siento con fuerzas suficientes para volver á la lucha por el pan. Veo que aquí [esto lo dijo dirigiéndose á su padre] todos ustedes tienen que trabajar la tierra para vivir y no quiero robarles un plato de alimento que ustedes necesitan para estar medianamente alimentados. Y por otra parte, yo no podría acostumbrarme nunca á esta vida de mortal rutina que ustedes llevan á cuestas sin demostrar cansancio.

Hizo una pausa, y viendo que la estupefacción de su auditorio continuaba haciéndolo mudo, prosiguió, después de dar al cigarro una fuerte chupada y deleitarse luego viendo deshacerse en espirales el humo que salía de sus labios en recta columnilla:

—En este pueblo sufro lo que no es creible. Busqué aquí alegría y franqueza y sólo encuentro mentiras y penurias; creía encontrarme en Villera con amigos que más que amigos fueran hermanos, con gente humilde y honrada, y por todas partes me sale al paso la ambición más estúpida. Aquí se murmura de la virtud de las mujeres y se tiene por soberano absoluto el dinero. Yo

no puedo vivir aquí, no puedo, no puedo....

Dicho sea en honor de la verdad, Perico mentía casi sin darse cuenta. Cierto es que en la villa se murmuraba, reinando también la ambición; todo cuanto decía Perico era la verdad sencilla y clara; pero otros motivos eran los que echaban de Villera al mozo, obligándole á volver á la vida activa del trabajo. Todos los artistas mienten y Perico era artista. Por muy simpáticos que resulten cuantos jóvenes se dedican al arte, muchos son sus defectos, defectos que tuvo siempre Perico, desengañado y antes de desengañarse.

No era Juan Ramonclá hombre asustadizo y de los que se entusiasman con vacías daclamaciones, y así, no bien hubo terminado su hijo el corto y retumbante discurso, díjole, poniendo en sus palabras una discreción muy atinada y conveniente:

—Mira, chico; de veras que la gente de este pueblo es muy mala y de veras que tú harías muy bien en marcharte. Nosotros lo sentiremos, porque tu compañía nos es muy agradable; pero ¡qué toño! hay que trabajar

y buscarse un porvenir. Tú eres muy señorito y, dices bien, no podrías acostumbrarte nunca á la vida de pueblo. Aquí somos todos muy tontos, muy ignorantes, muy.... analfabetos, como tú dices.

Antón opinó lo mismo que Juan y Basilio y Félix repitieron, palabra más ó menos, lo que dicho había su padre.

Entonces fué cuando Perico comprendió que su discurso había tenido algo de teatral, y queriendo enmendar la plana, apresuróse ha echar á lo pasado un mal remiendo.

—Lo que me hace marchar de Villera,—dijo,—es la excelente salud de que disfruto y que me permite dedicarme de nuevo al trabajo. No me gustan las costumbres de aquí, lo confieso con toda franqueza; pero así y todo, no me iría si rico fuera y no necesitara de que me mantuviera mi familia.

Juan hizo á su hijo otras discretísimas observaciones, aplaudiéndole su resolucion y proyectos de trabajo, y dióse por terminado el asunto. Quizá Juan veía en lontananza aquellas cartitas mensuales de Perico, que siempre llegaban á Villera acompañadas con un billetito de veinte duros.

VIII

Para la imaginación algo novelera de Perico Ramonclá, su pueblo tenía un defecto mucho más grande que todos los por él señalados, y este defecto, si es que por tal pues de tenerse, era la vida regular, sin nada sobresaliente que lograra hacer menos abrumadora su rutina. Pero no esperaba el buen Perico encontrarse nada menos que con el principio de una novela real, y novela que, al juzgar por el primer capítulo, muchas y muy interesantes peripecias prometía.

El protagonista de esa novela encontrada sin previa busca, era Basilio, el segundo de los cuatro hijos de Juan Ramonclá, guapo mozo y de excelentes prendas morales, no obstante su «genio,» que era endiablado, de todos los demonios.

Basilio estaba enamorado de Mundeta